



AÑO II

← BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1883 →

NUM. 69



JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LA NIÑA PÁLIDA, por don M. Ramos Carrion.—ORIGINAL, MORAL Y DE ACTUALIDAD, por don Pedro M. Barrera.—CRÓNICA CIENTÍFICA.—La unidad de la materia (III y último), por don E. Benot.

GRABADOS.—JÓVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle.—CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison.—PERSEO LIBERTANDO Á ANDRÓMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl.—CODICIA, cabeza de estudio por Ferain.—MARINA, cuadro por Eduardo Dalbono.—Lámina suelta. EL ZAPATERO DE ANTAÑO, dibujo por Llovera.

## REVISTA DE MADRID

Cuestiones de astronomía.—El telescopio y los astros.—La vida sideral.—Predicciones.—Los pronósticos del Zaragozano.—Inquietud de las familias.—El número 27.—Desilusion.—Los temblores de tierra.—La compañía del Circo de Price.—El director de la Biblioteca nacional.—Perspectiva del mes de mayo.—La catástrofe de la Exposición minera.—El queso de Holanda y los artículos ultramarinos.

La astronomía y el arte dramático—aunque parezca paradoja—tienen puntos de contacto.

En una y otra cosa hay que esforzarse cada vez más para producir efecto.

Los astrónomos de hoy predicen con exactitud matemática los eclipses de los astros y el paso de unos por delante de otros, sin que la humanidad sienta el menor estremecimiento de terror.

Todo ello sólo produce en último extremo un movimiento de curiosidad y de expectación pública.

Las sociedades científicas tratan del fenómeno con avidez indagadora; se desempolvan los telescopios, trasladándose los instrumentos astronómicos á los puntos del globo más adecuados para observar el acontecimiento celeste; los sabios fijan durante algunas horas su penetrante mirada en las profundidades del universo, y con escribir despues una luminosa memoria donde se hacen constar las nuevas particularidades notadas en el disco del sol, en las montañas de la luna ó en los alrededores de tal ó cual estrella, las corporaciones doctas del mundo salen del paso, á la vez que parecen decir á los que no poseemos más observatorio que un cristal ahumado, lo siguiente:

—Nosotros velamos por el orden y la policía celestes. No tengáis cuidado. Al fin y á la postre hemos de acabar por descubrir todos los secretos del cielo. No os invitaremos á emprender un viaje de ida y vuelta á las regiones siderales; esto no se halla al alcance de nuestra mano; pero en cambio os describiremos minuciosamente la existencia de esos puntos luminosos que flotan sobre vuestras cabezas, os diremos las costumbres de los astros, su velocidad y su composición química, mientras aguardamos al óptico del porvenir que invente lentes de tal fuerza que podamos presenciar como los espectadores de un teatro las pasiones, la actividad, las querellas, las luchas, las fiestas y los rencores de los seres que indudablemente habitan en los infinitos astros.

Realmente es digna de aplauso esa pretension de la astronomía; y siempre será una satisfaccion para los que alcancen la dichosa época de penetracion al través del espacio el ver que en todas partes hay sentimientos de amor, enconos de ira, rivalidades funestas, y trasiego constante de la vida á la muerte.

Pero hay astrónomos que pretenden anticiparse á la ciencia; astrónomos teatrales, digámoslo así, que no se contentan con que la humanidad goce placenteramente de algunos misterios del universo, sino que intentan producir con sus noticias el terror entre los hombres.

Con mucha frecuencia suele decirse:

—Tal ó cual astrónomo anuncia el fin del mundo para un período próximo. Un cometa inflamará la tierra, ó se darán en el espacio un ósculo terrible dos astros que se encuentren en su amplísimo camino, á consecuencia de lo cual se esparcirá hecho añicos por la inmensidad nuestro planeta.

Confieso que tampoco suele hacerse caso de estos pronósticos. Se ha anunciado tantas veces el fin del mundo, que á fuerza de repetirlo nos hemos acostumbrado á juzgar que el mundo es eterno.

La máquina se ha ido torzando de tal modo, que en astronomía las predicciones de catástrofes nos dejan ya tan frios como en el arte dramático tampoco nos producen gran impresion esos desenlaces en que el escenario se llena de cadáveres.

Entre nosotros tiene privilegio para las noticias terroríficas de cosas del cielo el confeccionador de almanaques señor Yagüe, conocido con el nombre de *El Zaragozano*. Perdonen los astrónomos de alto coturno que coloque en su categoría al citado personaje. Yo no sé si tiene verdadero carácter de hombre científico; pero lo cierto es que para el vulgo las palabras del Zaragozano valen tanto como las del Evangelio.

Hay familias que han empezado ya á hacer provisiones para todo lo que falta de año. No quieren que el catástrofe predicha les coja desprevenidos.

Ha dicho el Sr. Yagüe: «En el mes de mayo ocurrirán tales fenómenos de nieve, borrasca, lluvias ó vientos que se perderá la cosecha no tan sólo en España sino probablemente tambien en toda Europa.»

Ahí es nada. Los sustos ó no darlos ó darlos gordos. ¿Qué porvenir aguarda á los españoles y principalmente á los madrileños que ya casi no pueden comer á con-

secuencia de la escandalosa subida de los comestibles más indispensables para la vida?

¡El Sr. Yagüe es muy cruel! ¡Noticias semejantes no se dan sin haber inventado previamente una sustancia alimenticia que sustituya á las que conocemos hasta la fecha!

\* \* \*

De aquí á mayo quedan todavía unos cuantos dias. ¡Podemos aún echar una cana al aire! No faltará un acertijo, una charada, una adivinanza cualquiera que sirva de incentivo á nuestra frívola curiosidad, como sirvió durante muchos dias el número 27 colocado en las planas de anuncios de los periódicos á manera de recóndito y misterioso enigma.

Lo veáis constantemente, solo, majestuoso, monumental, ese número 27 que ha hecho meditar y soñar á todas las imaginaciones.

Por la noche, lo primero que se hacia en los cafés, al tomar el periódico, antes que leer el folletín, era contemplar el misterioso número inserto entre multitud de vulgares anuncios.

Ese número tenaz llegó á ser una obsesion abrumadora.

¿Qué significaría? Los comentarios no faltaban; y los habia por cierto extravagantes y magníficos.

—Esto debe ser cosa de la *mano negra*—decían unos.

—¡Quiá! no señor—contestaban otros—apuesto á que es algun jóven que anuncia su edad de veintisiete años como para ponerla á la disposicion de las muchachas casaderas.

—¡Podria ser!—exclamaban las jóvenes soñadoras.

Y de deducion en deducion—como se dice en *Ca-beza de chorlito*—se llegaban á idear las cosas más estupendas.

¡Oh! ¡vulgaridad de la vida! Por fin se levantó el velo.

El misterioso 27 no es más ni menos que el número de una tienda que se abrirá en la calle de Fuencarral dentro de poco.

\* \* \*

El alma de las personas imaginativas se les ha caido á los piés... y gracias que en Madrid el suelo ha estado firme, puesto que si aquí hubiésemos experimentado los terremotos que han sufrido los habitantes de la provincia de Valencia, el alma susodicha habria corrido el peligro de perderse en alguna abertura de la tierra y no parar hasta salir á la superficie del país de los antipodas.

Un individuo me decía:

—¿Ve V. esos terremotos? Pues no son más que temblores de la tierra por la noticia dada por el astrónomo Zaragozano.

La verdad es que siguiendo este camino todo se puede atribuir á la prediccion antedicha.

Que la compañía nuevamente presentada en el Circo de Price tiene poca gracia... ¡Vea V.!.... ¡Cosas del Zaragozano!

Que se caen algunos albañiles de los andamios de las obras en que trabajan... ¡Pues, no se han de caer!... ¿V. no sabe que el Sr. Yagüe anuncia pavorosas catástrofes?

Que aún no se ha nombrado al director de la Biblioteca nacional en sustitucion del difunto D. Cayetano Rosell, y que tras la designacion del eminente poeta Sr. García Gutierrez para tal cargo, piden ahora algunos que se haga el nombramiento á favor del Sr. Guerra y Orbe... ¡Claro está! La conmocion llega hasta la Biblioteca; y la influencia de los astros lo determina todo. Se designa á Guerra... ¿Eh? ¿Puede darse un nombre más belicoso? Y Orbe, por añadidura... Esto es: *guerra en el orbe*.

\* \* \*

Por fortuna llegará el mes de mayo con su fiesta patriótica del día 2, con su popular romería de San Isidro, con sus flores y sus entusiastas himnos á la Virgen María, y las sombras de la prediccion funesta desaparecerán para dar lugar al placer de los corazones y al brillo y encanto de la naturaleza.

\* \* \*

Ni siquiera recordaremos ya entónces, una vez abierta la Exposición de minería, las desgracias ocurridas en la construccion que para tal objeto se verifica activamente en el Parque de Madrid entre el gran estanque y la casa de Fieras.

La voz del siniestro se esparció por toda la capital con caracteres aterradores. Citábanse multitud de víctimas. La realidad ha venido despues á disminuir en gran parte la desgracia. Hubo varios heridos, varios contusos, pero casi todos leves. Esto no obsta para que todo el mundo censure el descuido con que se colocan los andamios de las obras que se construyen.

¡Para el albañil son casi sinónimos mortaja y andamio! No hay semana sin que se tenga que lamentar alguna desgracia por el mismo estilo.

—¿Cuál es tu oficio?—se podria preguntar á un albañil. Y no andaria descaminado contestando.

—Mi oficio... ¡es caer de las alturas!

¡Es mucha abnegacion la de esos humildes trabajadores! Cobrar un sueldo miserable, y tener casi la seguridad de morir *estrellados* sobre una baldosa de la calle.

\* \* \*

Por todas partes se dirigen objetos coloniales á la Exposición de Amsterdam. España representará sin disputa un gran papel en aquel próximo certámen.

El orgullo nacional ha dado mayor cuerpo á los quesos de Holanda. Una de estas bolas de corteza vivamente encarnada pavoneábase el otro dia en un escaparate de una tienda de ultramarinos de esta corte.

—No os quejareis de mi país—decía á unos cuantos objetos procedentes de América.—Holanda os acoge en su seno y prepara un digno premio á vuestras virtudes.

Los artículos llamados ultramarinos se echaron á reir. —¿Os burlais?

—No; pero hombre de Dios, ¿no ves que nosotros no procedemos de Ultramar? ¡Estamos falsificados!

*El queso de bola* (para sí mismo):—En igual caso me encuentro yo... ¡Me han partido!... Yo tampoco soy de Holanda. ¡Estoy fabricado en España!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de abril de 1883.

## NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

Si alguna vez vuestro médico acierta á deciros que padeceis de alguna enfermedad, para cuya curacion son excelentes los aires de la Selva Negra, no discutais con el galeno, ni os empeñeis en demostrarle que vuestra salud de bronce puede pasarse sin aires de selvas negras y blancas. Todo lo contrario; aceptad la prescripcion, por muy innecesaria que os parezca; disponed la menor cantidad de equipaje que os sea posible; reunid, en cambio, la mayor suma de lises de oro que os sea dable; y por Francia y Suiza, dirigios al ducado de Baden, en cuyo territorio se halla enclavada la mayor parte de la famosa selva.

Y no os asuste ni su nombre, ni los recuerdos de cierto drama lúgubre que lleva su título y que sin duda os privó de conciliar el sueño en vuestra niñez. Nada de eso: la Selva Negra es la única selva tolerable despues que el *touriste* se ha guarecido del sol bajo los deliciosos bosques de la exuberante patria de Guillermo Tell.

Entre las muchas bellezas de esa selva, bien camino de la capilla reformada, bien al pié de los ennegrecidos muros de algun destrozado castillo, encontrareis indefectiblemente al original del dibujo de Wehle, jóven de belleza simpática, aunque muy discutible dado el gusto estético de la raza latina; porque sin duda es agraciada, cuando puede resistir impunemente el tocado nacional ó regional á que tiene singular afecto y del cual no han podido hacerla desprender todas las modas desfiladas por delante de ella, desde que Baden Baden es punto de reunion de la sociedad más refinada y elegante.

Hace bien la jóven de Suabia: ese tocado es casi un emblema, y por muy ridículo que parezca, nada es ridículo cuando recuerda ó significa patria y hogar de la familia.

## CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison

¡Dichosa edad!

Cuando se tiene la que el mancebo de nuestro grabado, la arena es muy blanda, el horizonte muy vasto, el porvenir más vasto que el horizonte.

Se sueña mucho, y se sueña despierto... ¡Qué de magníficas cosas se ven en esos sueños! ¡Cuántos castillos fabricados en el aire, durante esos coloquios íntimos entre el espíritu contenido en el cuerpo y ese otro espíritu que el niño ve flotar casi al alcance de su mano!

Y luégo viene la realidad, con un semblante muy feo, porque lo cierto de la vida raras veces es agradable; y la cabaña del niño es doblemente estrecha y mísera, cuando, siquiera mentalmente, viene de habitar palacios encantados.

Despues de todo ¿quién sabe?... Tambien soñó Juana de Arco cuando hilaba humildemente cabe la puerta de su mezquina choza; tambien soñó Sixto V cuando custodiaba rebaños en el interior de los bosques; tambien soñó Juan Barth cuando, á la edad del niño de nuestro grabado, como él se tendia indolentemente sobre la arena de la playa y en las preñadas nubes creia oír los gritos del combate que las galeras francesas de su mando libraban, victoriosas, á las escuadras de la Gran Bretaña.

No quiere esto decir que el fausto, el poder, la gloria, se hallen fácilmente al alcance de los soñadores, y mucho menos si estos son dados á la posicion horizontal, que es la más funesta para aquel que aspira á convertir el deseo en realidad. Algo mejor haria nuestro muchacho yendo á la escuela, donde es posible que alguna bofetada pedagógica le despertara al realismo de la vida; pero donde, en cambio, con buena voluntad de su parte, adquiriria los primeros elementos de la ciencia, sin los cuales ni el poderoso ni el humilde realizan maravillas en nuestros dias.

Pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que la sociedad era patrimonio del más fuerte: hoy el talento y la instruccion son elementos más respetables que los antiguos navios de tres puentes; y no es tomando el sol á la bartola como se eleva la inteligencia á la altura de las necesidades modernas.

Pero vayan Vds. y hagan comprender esta verdad al mozalbete de nuestro grabado, que en este punto de su reposo vive, goza, sueña, es feliz...

**PERSEO LIBERTANDO A ANDROMEDA,**  
grupo en mármol por J. Ptahl

La Mitología ha sido en todos tiempos un precioso arsenal donde los artistas han encontrado inagotables asuntos que reproducir por medio de la pintura y de la escultura. Menos idealistas, menos poéticos, menos sentidos esos asuntos que los inspirados por las grandes figuras del cristianismo naciente, tenían y tienen el atractivo de su parte fantástica, de la cual puede sacar gran provecho el artista que sepa concebir lo imposible y darle una forma que lo haga concebir á los demás.

Uno de esos artistas ha esculpido recientemente el interesante asunto de Perseo libertando á Andromeda. Los poetas paganos, á quienes pudiéramos llamar primitivos historiadores de hechos en donde la verdad y la fábula andan de tal manera revueltas, que apenas se distinguen la una de la otra, refieren de esta suerte la aventura.

Andromeda, hija de Cepheo, rey de Etiopía, y de Casiopea, fué víctima de la vanidad de su madre, que se juzgó de belleza superior á la de las nereidas. Irritado Neptuno de que una simple mortal se permitiera semejante parangon con las hijas del dios de las aguas, envió un monstruo marino que asolara el reino etiope, como así se dió prisa en ejecutarlo. Espantado Cepheo, no sin motivo, consultó al oráculo; el cual, tan monstruo como el monstruo mismo, contestó que la plaga no cesaría hasta tanto que la inocente Andromeda fuese entregada á la voracidad de satélite de Neptuno. Cepheo, digno complemento del monstruo y del oráculo, se avino al sacrificio de su hija; y ésta fué encadenada á una roca, en la cual hubiera perecido de muerte cruel, sin el oportuno socorro de Perseo, hijo de Júpiter y de Danae, quien dió muerte al espantajo con el auxilio de la cabeza de Medusa, que tenía el don de petrificar cuanto miraba y que pertenecía al mancebo por habérsela cortado á la célebre Górgona.

Perseo casó con Andromeda, y más tarde uno y otra fueron trasladados al Olimpo, donde forman entre las constelaciones.

La cosa podrá ser absurda; pero absurdos como este inspiraron á Fidias y á Praxíteles.

**CODICIA, cabeza de estudio por Ferain**

No hay sino contemplar ese rostro receloso, esas mejillas hundidas, esa mirada de envidiosa expresion, esa nariz de prominente perfil y ese porte descuidado y sórdido, para reconocer que el autor de este busto ha trazado magistralmente el tipo que se había propuesto representar, el de un sér codicioso, víctima de una insaciable avaricia que ha surcado su rostro de prematuras arrugas, y le obliga á ver en todo hombre un enemigo que aspira á arrebatarle sus riquezas, amasadas á fuerza de economías, privaciones y aún quizás de bajezas y abyeccion. Este busto, perfectamente dibujado, debe más realce, si cabe, al buril del inteligente grabador Bong.

**MARINA, cuadro de Eduardo Dalbono**

Un cielo cargado de nubes, un mar sosegado, una barca de pescadores en primer término y algunas otras en lontananza; á esto no más se reduce la descripción que puede hacerse del cuadro de Dalbono. Pero bien mirado, su protagonista (permitasenos expresarnos así) es otro; es la naturaleza, es el ambiente, es todo el cuadro y ninguna parte de él. Es ese cielo con sus nubes de mil formas, que se amontonan, siempre cambiantes, siempre en movimiento y disipándose siempre para ceder el puesto á otras nuevas, fantásticas, grandiosas, poblando el espacio de extrañas imágenes, de tinieblas y de fulgores, y variando con las sombras que difunden y con los reflejos que alteran á cada momento los matices de las olas. Es el mar que se encrespa, ó sonríe, que se oscurece ó inflama, que se adormece en la calma ó se despierta á los golpes de los remos, despidiendo mil fosforescentes destellos; es la barca que, por contraste, realza aún más la anchurosa extension del espacio, é imprime una fase de la vida humana en la vida de lo creado; es, en una palabra, la poesía de que el artista ha sabido impregnar el lienzo, abarcando el conjunto con un solo arranque de inspiracion artística.

Marinas como la del cuadro de Dalbono bastan para formar la reputacion de un pintor de este género.

**EL ZAPATERO DE ANTAÑO, dibujo por Llovera**

Los pintores tienen también sus modas: los asuntos á la órden del día, particularmente entre los artistas españoles, son los cuadros de estudios orientales y la reproducción de las costumbres de nuestros abuelos. Fortuny y Goya son los maestros más estudiados, ó más imitados al menos, y si es verdad que ninguno hasta el presente ha igualado á esos dos pintores, gloria del arte español en el presente siglo, es indudable que su escuela ha producido discípulos aventajados y estos discípulos han ejecutado composiciones muy apreciables.

La antigua manolera es trasladada repetidamente al lienzo, y si es verdad que, como decia no ha mucho el pregonero que hacia la presentacion de una mujer tigre, el público está cansado de tantas mujeres altas, mujeres gordas, mujeres con barbas y demás adefesios mujeriles, no lo es menos que las escenas típico-populares-españolas son siempre simpáticas, cuando son tratadas con la gracia y soltura de nuestro Llovera.

En la composicion que hoy publicamos el asunto tiene ese olor, color y sabor que requieren las cosas para

que estén en carácter y digan algo de la sociedad que reproducen; tiene algo de ese perfume que exhalan las *Memorias de un setenton* del ilustre Mesonero Romanos; algo que nos trasporta á una época en que se necesitaba toda la sal española para que las mujeres bonitas no pareciesen feas y las feas no fueran condenadas á ostracismo perpetuo.

Tiene, además, este dibujo cierta intencion picaresca que sienta bien á la manera de ser de unos tiempos en que la aparente beatitud de los mortales era un simple traje con que se disfrazaban debilidades propias de todos los tiempos y fragilidades comunes á todos los pueblos.

**LA NIÑA PÁLIDA**

(Historia inverosímil)

La escena pasa en un saloncito del establecimiento balneario de Chorrozano.

Personajes:

La Sra. de Lopez, reumática de 48 años, alta, seca y de un temperamento marcadamente bilioso.

El Sr. de Lopez, su marido, alto funcionario aunque de baja estatura.

El general Fajin, veterano con el bigote blanquísimo pero muy rubio en la parte inferior izquierda, chamuscado por los cigarrillos que el general apura hasta un extremo inconcebible.

Una señora bajita, rubia, muy gorda y muy colorada, de 35 á 40 años de edad, y que procura en vano dominar el sueño que la vence de cuando en cuando, haciéndole dar cabezadas.

Y un servidor de Vds.

Son las once de la noche. En el inmediato salon los bañistas más jóvenes pasan la velada agradablemente entretenidos.

Una señorita toca en el piano una fantasía sobre motivos... para cualquier cosa. Un poeta inédito recita versos capaces de conmovir el alma más empedernida y un joven andaluz, dicharachero y locuaz, entretiene á un grupo de bañistas con cuentos y relaciones de viajes inverosímiles.

De pronto la joven pianista hace oír una polka: es la señal de alarma.

El andaluz invita para el baile á una viuda, paisana suya, de ojos tiernos, que ha llorado de risa oyéndole hablar y que al levantarse repite por centésima vez en aquella noche:

—¡Ay! Pero ¡qué gracioso es ete Muñoz!

Debo advertir para mayor claridad que él se llamaba Muñoz y que la viuda devoraba las *ces*, las *eses* y las *zetas*.

Un momento despues todos los bañistas jóvenes, y aún algunos que ya no lo eran, se agitaban al compás de la mazurka.

La señora bajita y gorda, que á las primeras notas abrió los ojos y se sonrió mirando á los que la rodeaban para figurar que no dormía y que se enteraba de todo perfectamente, volvió á dar cabezadas y quedó por fin dormida, con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca y lanzando á veces un ligero resoplido.

El alto funcionario de escasa estatura miraba al techo con la tranquilidad del hombre que no piensa en nada, su esposa llevaba el compás del baile dando en el pavimento golpecitos con el pié. El general fumaba leyendo *La Epoca* y yo... estaba muy próximo á imitar á la señora gorda, colorada y bajita.

—¡Qué barbaridad!—exclamó de pronto el general, dejando de leer.

—¿Qué es ello?—preguntó el Sr. de Lopez.

—Oigan Vds. Parece mentira que á fines del siglo XIX haya badalauques de este calibre.

Y leyó lo que sigue:

«Ayer en los jardines de Recoletos se suicidó de un pistoletazo un joven de veintidos años. Vestía decentemente y en un bolsillo de su levita se encontró una carta con las siguientes lacónicas frases:

«No me quiere y me mato. Dios la perdone.»

—¡Han visto Vds. qué barbaridad!—añadió el general á guisa de comentario.

—En efecto,—dijo la señora de Lopez,—mentira parece que haya todavía quien por amor se mate.

—Yo no lo creo.

—Ni yo.

—Ni yo,—gruñó la señora bajita y gorda, que, adoptando una postura más cómoda, durmióse por fin de una manera resuelta y descarada.

—Ese desgraciado suicida tendría deudas ó sabe Dios qué otros motivos para quitarse de enmedio,—continuó el general,—pero á mí no me convence nadie de que en estos tiempos materialistas y corrompidos haya todavía amantes sensibles hasta ese punto.

—Pues opino lo contrario, general,—dije yo,—y tengo para ello una razon poderosísima.

—¿Cuál?

—Que he visto un caso.

—¿De veras?

—Matarse por amor, ¿nada más que por amor?

—Nada más, y por amor próximo.

—Cuenta V. el hecho.

—Allá va tal como ocurrió.

Prestaron atencion todos, excepto la señora gorda que dormía ya profundamente, y empecé como sigue:

De esto hará quince años. Contaba yo diez y siete, y uno más que yo mi amigo Federico.

Todas las mañanas del mes de junio, haciendo un sacrificio sólo comparable por lo grande á la amistad que nos unía, madrugaba para acompañar á mi amigo á la Casa de Campo, donde á la sombra de los frondosos álamos él resolvía problemas de álgebra y yo contemplaba la naturaleza en todo su esplendor primaveral.

Federico estudiaba para entrar en la Escuela de Estado Mayor y en aquella fecha, ya próxima á los exámenes de ingreso, repasaba al aire libre todas las asignaturas con ese afán que caracteriza al buen estudiante.

Era un excelente muchacho en toda la extension de la palabra. Tenía el carácter dulce y tranquilo y un talento nada vulgar.

Sin familia desde los primeros años de su niñez, vivía bajo la tutela de un pariente lejano, Senador del Reino, que le obligaba á comer en su compañía todos los domingos, que no se cuidaba de su pupilo para otra cosa que para darle la mensualidad que le tenía asignada y algun consejo referente á moralidad y buenas costumbres.

Federico, desde que á los diez y seis años salió del colegio de PP. Escolapios, donde había recibido esmerada educacion, habitaba una modesta casa de huéspedes.

Como he dicho á Vds., todas las mañanas bajábamos á la Casa de Campo. La concurrencia de madrugadores iba siendo mayor á medida que avanzaba el mes de junio.

Entre los más asiduos paseantes de aquel delicioso sitio, llamaron desde el primer día nuestra atencion una señora vieja, pero bien conservada y cuyo rostro revelaba aún la hermosura de los pasados años, y una linda joven como de 17 años, nieta de la señora, á juzgar por la semejanza de sus fisonomías.

Era un tipo verdaderamente ideal.

Su juvenil cabeza coronada por una cabellera rubia que servía de admirable marco á un rostro de líneas correctas y suaves; su boca pequeña, animada siempre por melancólica sonrisa, su talle esbelto y sus ojos claros y azules, de dulcísima mirada, formaban un conjunto que admiraría el más versado en los principios de la estética.

Vestia con elegante sencillez y sus modales revelaban educacion esmeradísima.

Indudablemente paseaba por consejo de los médicos. La palidez mate de su rostro indicaba la anemia, esa terrible enfermedad, vampiro que se desarrolla con el movimiento febril de las grandes poblaciones.

Afirmaba nuestra creencia relativa al padecimiento de la joven el verla beber diariamente dos ó tres vasos de agua en aquel manantial ferruginoso que tanta y tan merecida fama tiene entre las madrileñas.

Mi amigo Federico quedó suspenso al ver á la joven el primer día.

—¡Es una madona de Rafael!—dijo.

Y no cesó de contemplarla y la siguió con mirada ansiosa hasta verla desaparecer por la oscura alameda; cerró los libros de matemáticas y no habló en todo el día más de veinte palabras, referentes todas á la *niña pálida* de la Casa de Campo.

Para no molestar á Vds. con detalles inútiles, les diré sólo que en el alma de Federico, vírgen hasta entonces de todo amor, brotó de pronto la más fogosa de las pasiones.

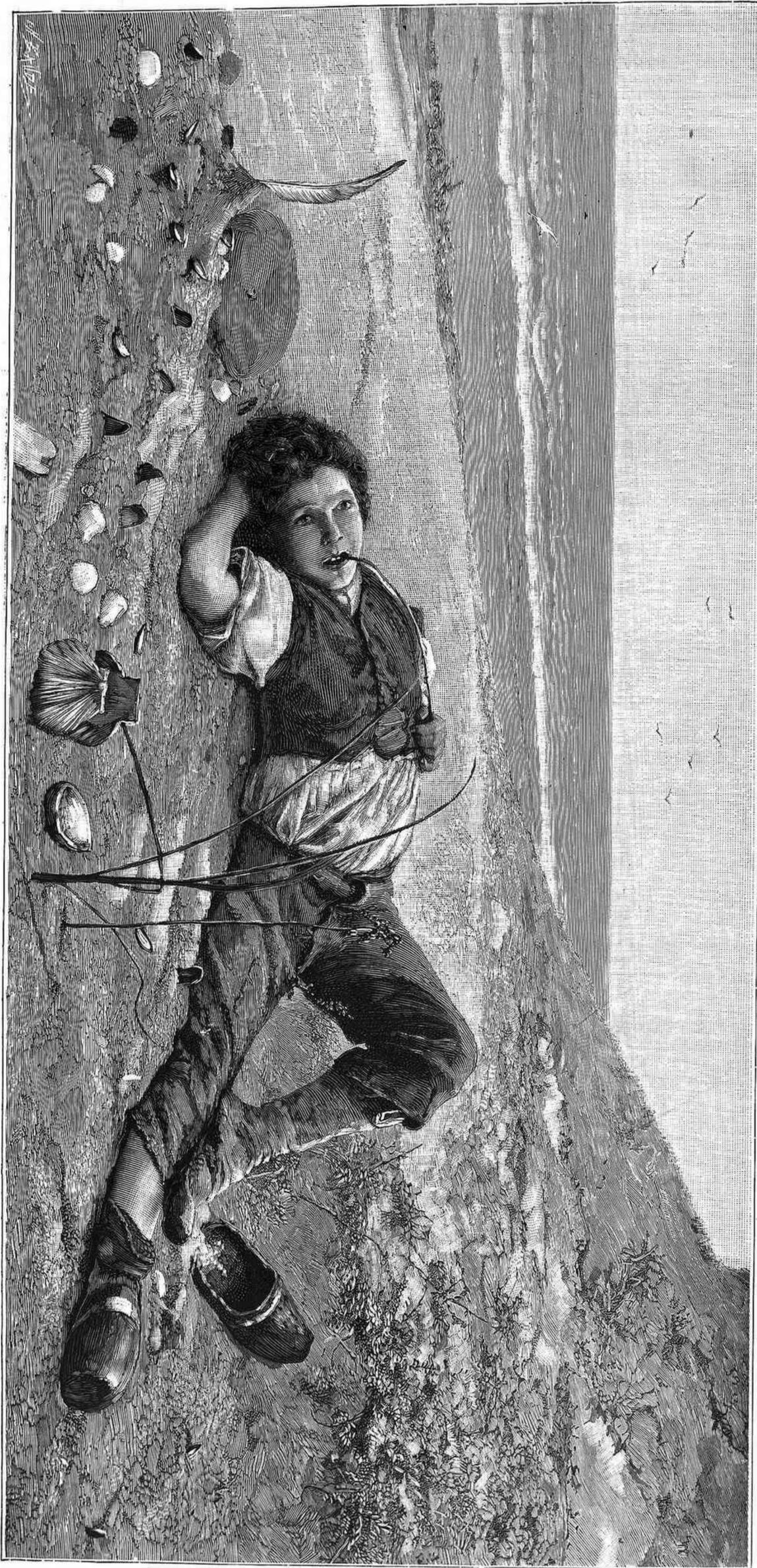
La *niña pálida* era su ideal; sin ella no concebía la vida; por lograr un sí de aquellos labios de coral blanquecino hubiera dado gustoso su existencia.

Excusado será decir á Vds. que los estudios cayeron en abandono lamentable y que el Estado Mayor del ejército se hallaba muy expuesto á no contar con aquel brillante oficial en ciernes.

En vano procuraba convencer á mi enamorado amigo de lo conveniente que para él hubiera sido pensar algo menos en la *niña pálida* y algo más en el álgebra y la geometría; el amor no razona.

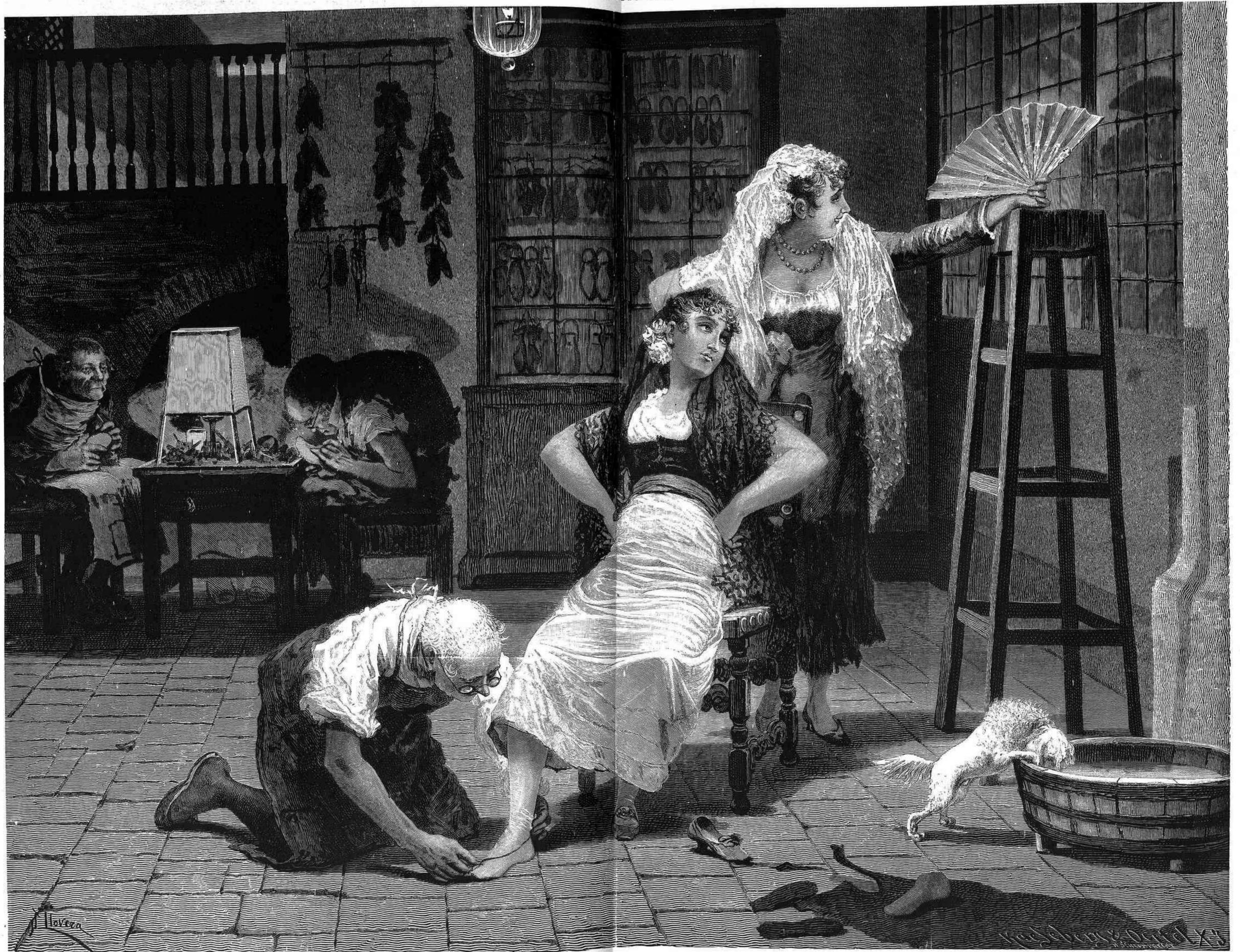
Por otra parte, yo le hacia notar la indiferencia con que la joven correspondía á sus ardientes miradas.

—Está enferma,—me decia Federico,—busca con anhelo la salud que le falta y la débil sangre que se



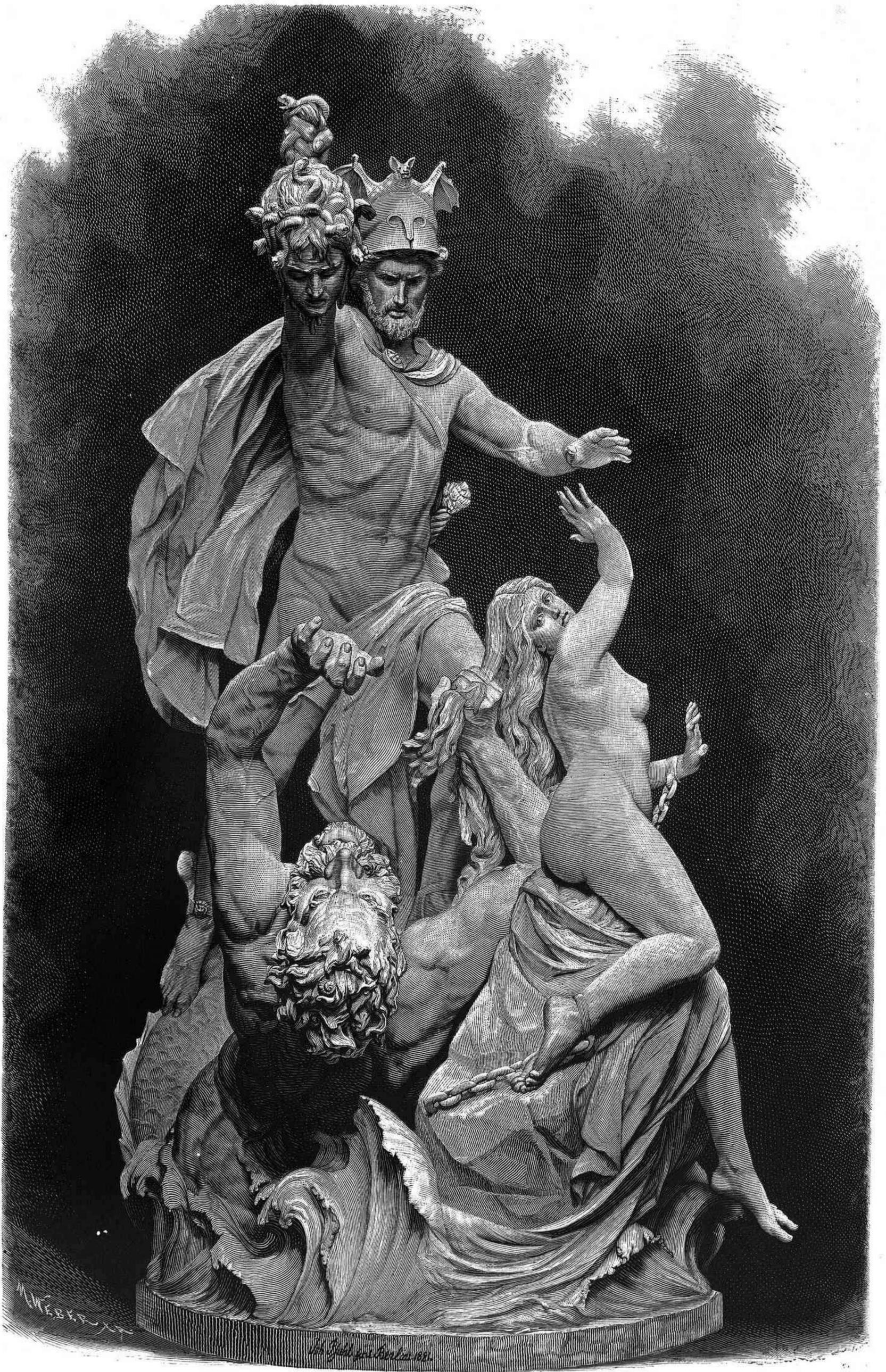
GASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison





EL ZAPATERO DE ANTAÑO, DIBUJO DE J. LLOVERA





PERSIO LIBERTANDO A ANDROMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl

agolpa á su corazón no tiene fuerza suficiente para animarlo. Cuando se mejore reparará en mí; no tengo duda, buscará mis ojos como yo busco los suyos.

Los días pasaban, la *niña pálida* no recobraba el color y los suspiros y miradas del apasionado manco no parecían hacer la menor impresión en el ánimo de aquella, que seguía bebiendo vasos de agua ferruginosa y contemplando el azul del cielo, no tan puro como el de sus ojos.

Federico, que ya había averiguado el domicilio de su adorada, lo rondaba constantemente y escribía versos dedicados á ella, ocupación que indica, en quien no es poeta, el período álgido del amor.

¿La veía salir en carruaje con su abuelita? Alquilaba un simon y las seguía contemplándola de lejos. ¿Se quedaba en casa? Paseaba impertérrito horas enteras por la acera de enfrente sin dársele un ardite de los rayos del sol ni de las burlas de los vecinos.

Y á todo esto la *jóven pálida* no abría una persiana para premiar con mirada amante los sacrificios de su rondador, ni reparaba en él, ni era lo probable que tuviera idea siquiera de la pasión que había inspirado.

Era, pues, el amor de Federico, una especie de adoración platónica, más respetable para mí por lo que tenía de inmaterial y caballeresco.

Empezaron los exámenes de ingreso y Federico, el estudiante modelo, fué reprobado.

Pero así como las calabazas de la *niña pálida* le habrían ocasionado la muerte, las que le dió el respetable tribunal no hicieron mella alguna en el jóven.

—Entraré el año que viene,—dijo; y continuó amando y escribiendo versos.

Yo, que, áun respetándolo, estaba poco conforme con aquel amor manifestado tan de lejos, no acompañaba á mi amigo en sus paseos por la Casa de Campo, ménos agradables ya á causa del excesivo calor que se sentía desde las primeras horas de la mañana.

Un día se me presentó Federico con el rostro descompuesto.

—¿Qué ocurre?

—Se ha marchado.

No tuve que preguntarle *quién*.

—¿A dónde?

—Lo ignoro. Solamente sé que han ido á baños.

—¿Y qué piensas hacer?

—Recorrer en su busca todos los de España.

Y, en efecto, Federico logró que su tutor le adelantase el dinero suficiente y recorrió en vertiginosa marcha todos los establecimientos balnearios de la Península.

Sus cartas de aquella época revelan el acrecentamiento de su amor. Me escribía casi diariamente largas epístolas en que no me hablaba sino de ella, de su Hortensia adorada....

—¡Hortensia!—exclamó la señora de Lopez, interrumpiendo mi relato.

—Sí señora, ese era el nombre de la *niña pálida*.

—Continúe V.

—Continúo.—Mi infortunado amigo recorrió en balde todas las casas de baños, que por suerte suya no eran entonces tan numerosas como en la actualidad y regresó á fines de setiembre desesperado, medio loco. Ella no había vuelto.

—Si hubiera muerto....—pensaba Federico.

—Felizmente,—le decía yo,—no habrá ocurrido tal desgracia. Las aguas saludables de algun manantial, más eficaz para su dolencia que el de la Casa de Campo, habrán devuelto acaso el color á sus mejillas. Ten confianza, no te desesperes.

Pocos días despues, lleno de alegría, vino á decirme que Hortensia había regresado.

—Pero,—añadió con tristeza,—más pálida que antes, más melancólica que la última vez que la ví. ¡Esta niña está muy enferma! ¡Cuánto temo que empiecen á caer las hojas! La llegada del otoño me da miedo.

—¡Bah!—dije yo para animarle,—no todas las jóvenes descoloridas se mueren.

Federico me dirigió una mirada casi despreciativa y se fué.

Un mes había trascurrido cuando volvió á verme. —¡Ay!—exclamó arrojándose en mis brazos y llorando como un niño,—se muere, se muere sin saber que la amo.

—¿Es posible? ¿Cómo lo has sabido?

—Quince días hace que no abandona el lecho; lo sé por la portera de su casa. Viendo que no salía me atreví á preguntarle y hoy.... ¡Hoy me ha dicho que ya no hay esperanza!

—¡Ánimate por Dios, Federico!

—Ven conmigo, no me atrevo á llegar solo hasta su casa.

Me vestí y le acompañé. Cuando llegamos Federico dió un grito, yo quedé aterrado.

Una hoja de la puerta de la calle estaba entornada.

—Ha muerto,—dijo Federico.

—¿Quién sabe! Tal vez ese fúnebre anuncio sea casual; no podemos asegurarlo. Mira.... ningún balcon está abierto.... yo preguntaré.

—Sí, yo te lo ruego; no tengo valor, no tengo fuerzas.

Entré en la casa. La portera dormitaba en un chiribitil, que tenía la forma de un castillo gótico.

—¿Ha muerto la enferma del principal?

—Sí señor,—me dijo,—esta tarde á las tres.

Salí á la calle, obligué á Federico á entrar en un coche y le conduje á su casa.

No quiero referir á Vds. detalladamente la desconsoladora escena.

Reflexiones, ruegos, súplicas, amenazas, todo fué en vano. Aquel amor era un amor verdadero; para tanta desesperación no había consuelo posible.

Por fin, al cabo de seis horas de lucha, logré que Federico se acostara. Lágrimas silenciosas abrasaban sus mejillas; cerró los ojos y pareció dormir.

Salí de la alcoba, encargué á la patrona, honradísima mujer que le trataba con esmero y cariño, que estuviera á su cuidado y marché en busca de unos amigos que me aguardaban para un asunto urgente. ¡Nunca lo hubiera hecho! Todavía al recordarlo parece que mortifica mi alma un remordimiento.

.....

Quando volví á mi casa me esperaba un agente de Orden público. Al verle me estremecí.

—El Juez de guardia del distrito de Palacio me manda buscar á V.

—¿A mí? ¿Qué ocurre?

—Creo que es para entregarle una carta de un jóven que se ha matado.

—¡Jesús!—exclamó la señora de Lopez.

—¿Qué horror!—añadió su marido.

—Ese muchacho estaba loco,—dijo el general.

—Estaba enamorado,—repuse.—Pero aún falta lo más horrible de la historia.

Mi desdichado amigo había salido de su casa á la una de la madrugada y mirando al balcon de la estancia mortuoria, iluminada recientemente por el resplandor de los blandones, se había pegado un tiro.

En una carta escrita con lápiz dirigida á mí, decía lo siguiente. No lo olvidaré nunca.

«Voy á reunirme con ella. Nuestras almas se encontrarán en el cielo. Procura tú, mi buen amigo, que nuestros cuerpos reposen juntos en la tierra.»

Esta última voluntad, como comprenderán Vds., no era muy fácil de cumplir. Los cadáveres de los suicidas pertenecen de derecho al juzgado; su autopsia es inevitable y no siempre logran disponer de sus restos las atribuladas familias.

Yo, sin embargo, me propuse hacer cuanto estuviere en mi mano para que el desdichado Federico durmiera el último sueño cerca, muy cerca de la *niña pálida*.

Para esto era preciso ante todo averiguar dónde la enterraban. Busqué el número de *La Correspondencia de España* correspondiente á la noche anterior y en él la papeleta de defunción de la pobre niña, proponiéndome acompañar en aquel viaje postrero á la espiritual criatura, causa inocente de la muerte de mi amigo.

Al recorrer con la vista la cuarta plana del periódico quedé sorprendido, atónito.

Entre un marco de líneas negras, que ocupaba gran espacio y bajo una cruz, se leía lo siguiente:

«Doña Brígida Gomez, viuda de Retamero, ha fallecido ayer á las 3 de la tarde y á los 68 años de edad.

«Su hijo D. Vicente, su nieta doña Hortensia y demás parientes, etc., etc.»

—¡Doña Brígida!—exclamó la señora de Lopez.

—Sí señora, doña Brígida, la abuela de Hortensia, era quien había muerto.

—¿Qué lance tan extraño!—dijo el general.

—Es rarísimo,—murmuró el Sr. de Lopez.

—Mi infeliz amigo,—añadí,—entendió mal sin duda á la portera, creyó que la enferma era su amada... y le costó la vida aquel error.—Pero, añadí dirigiéndome á la Sra. de Lopez, V. se ha sorprendido al oír el nombre de la *niña pálida*. ¿La ha conocido usted acaso?

—¡Ya lo creo!—dijo apagando la voz y como si temiera que alguien la oyese.

—¿Moriría muy jóven?

—¡Quiá! Se casó con un Procurador, tuvo seis hijos, enviudó hace dos años y.... ¡ahí la tiene V.!

Y señalé con el dedo á la señora rubia, colorada, bajita y gorda, que en aquel momento, despues de lanzar un ronquido, se despertaba.

## ORIGINAL, MORAL Y DE ACTUALIDAD

### I

—¿Cuándo me escribe V. un artículo para mi periódico?

—Cuando V. lo quiera.

—Ya lo estoy queriendo. Sólo encargo á V. una cosa: que trate de asuntos de actualidad, que tenga mucha originalidad en la forma y que el fondo sea altamente moralizador.

—Tratará, tendrá y será lo que V. me encarga.

—Conformes: cuento con él.

—Cuenta V. también el dinero con que ha de pagarme, porque mañana mismo estará en poder de V. el artículo.

### II

Buscando asunto para emborronar media docena de cuartillas de papel, leí esta mañana en un diario noticiero que en tal calle, tal número y tal cuarto, una jóven se ha suicidado, tomando una taza de té en la que substituyó el azúcar con cabezas de fósforos. Guardé el periódico en un bolsillo y me dirigí á la casa donde vivía la jóven.

—¿Qué ha ocurrido aquí?—pregunté á una mujer que estaba sentada en la puerta de la casa, dando de mamar á un nene canijo que, según las señas, no ha vuelto á ver el agua desde que le bautizaron.

—¡Ay señor! me respondió la mujer: una gran desgracia. La vecina del sotabanco, que, sin ofender á nadie, era una real moza y la ribeteadora de mejores manos que paseaba por Madrid, tenía amores con un pescadero, tan desmirriado y amarillo que no parece sino que anda por el mundo con permiso del enterrador.

—Mira que ese hombre no viene con buen fin, le decíamos á ella todos los vecinos.—A mí me gusta, contestaba.—Mira que le han visto con otra, tomando café con leche y media tostada de abajo.—A mí me gusta.—Mira que ha estado con una peñadora en un baile de máscaras.—A mí me gusta.—Mira que si te llegas á encalabrinar, te va á dar más disgustos que pelos tienes en la cabeza.—A mí me gusta.

Y aplicando este estribillo á cuanto le decíamos por su bien, se fué enamorando, enamorando, de tal modo, que el pícaro del pescadero, á pesar de ser más feo que Picio, ha logrado que la pobre chica dé motivo para que todo el mundo la señale con el dedo.

—¡Vamos!... y ella avergonzada de haberse encalabrinado....

—No señor: ella, cuando le echábamos en cara que se emplease tan mal, salía del paso diciendo: —¡A mucha honra!...—¡Si estaba muertecita por su feo!

La mujer interrumpió su relación, dando un agudo chillido al viento y un sonoro azotazo al nene canijo, que comenzó á llorar mientras su madre le increpaba, diciéndole á gritos, sin duda para que le entendiese mejor:—No me muerdas, borrico; ¿tú crees que eso es de corcho?

El chico dejó de llorar para volver á chupar, y la mujer reanudó así su relato:

—El demonio, que mete la pata en todo, hizo que la pobre ribeteadora averiguara que cierta parroquiana le compraba á su hombre el pescado, sin pagar nunca lo que compraba. Despues averiguó por qué la parroquiana comía pescado *de gratis*, vamos al decir: despues armó camorra al pescadero: despues él, para convencerla de que no tenía razón, le pegó unas cuantas palizas: despues dejó de verla por completo: y despues ella, loca de celos y sin esperanza de mejoría, se ha echado al cuerpo una caja de cerillas.

—¡Oh santa moralidad! Dí las gracias: saqué el periódico y volví á leer:

«Anoche recibieron los señores de Pelufro á sus numerosos amigos, que pasaron una velada deliciosa. La hechicera señorita de Gomez cantó magistralmente el wals de la sombra, de *Dinorah*; los simpáticos Lopez y Perez bordaron el duo de los *Puritanos*; los inspirados Martinez y Fernandez leyeron bellísimas poesías; la señora de Pelufro hizo los honores de la casa con la inimitable distinción que en ella es natural, y su marido tuvo en constante embeleso al sexo fuerte, derrochando ocurrencias chispeantes é ingeniosas dignas de ser coleccionadas en un libro.»

Guardé de nuevo el periódico y fui á ver á un amigo mio, que se pasa los días haciendo gimnasia y las noches en casa de Pelufro.

—¿Dónde estuviste anoche? le pregunté.

—En el purgatorio.

—Cree que de tertulia.

—Eso he querido decir: estuve en casa de Pelufro.

—Ya sé que una joven hechicera cantó allí el valz de la sombra, de *Dinorah*.

—Querrás decir que una caña de pescar con faldas y con una voz de chota constipada, profanó la música de Meyerbeer.

—También sé que los simpáticos Perez y Lopez bordaron el duo de los *Puritanos*.

—Puede ser; pero yo entendí que esos individuos, que por cierto son muy antipáticos, habían parodiado una pelea de gatos y perros.

—¿Y no leyeron bellísimas poesías los inspirados Fernandez y Martinez?

—Te diré: son dos jóvenes muy celebrados por sus respectivas familias. Mientras leyó el primero, todos conveníamos en que el segundo tiene más talento; y cuando leyó el segundo todos sospechamos que tiene más talento el primero.

—Confiesa al menos que la mujer de Pelufro estuvo inimitable haciendo los honores.

—¡Inimitable!... ¡inimitable!... No hablemos de eso. Toda la noche la pasó charlando con un siete-mesino, y yo les cogí al vuelo algunas palabras que ya! ya!...

—¿Y Pelufro? ¿Negarás que tuvo ocurrencias felicísimas?

—No te negaré que tuvo la feliz ocurrencia de estar callado durante quince minutos. Fueron los únicos en que no dijo inconveniencias ó majaderías.

—¿Hubo dulces y helados?

—¡Quiá, hombre, quiá! Hubo un botijo con agua, una bandeja con azucarillos rancios y bizcochos de coetilla duros como suelas de zapatos, y aquí concluye la presente historia.

—¡*Vanitas vanitatum!* dije, y me despedí del gimnasta.

Saqué de nuevo el periódico y leí este otro suelto:

—«Hoy se celebran funerales en la iglesia de San Luis por el eterno descanso de una persona caritativa que fundó y dotó una porción de escuelas y hospitales y empleó toda su hacienda y toda su vida en practicar la hermosa máxima de Jesucristo que nos enseña á amar al prójimo como á nosotros mismos.»

—Vamos á San Luis, me dije.

Llegué persuadido de que sería difícil entrar en el templo, donde esperaba ver mucho clero, un suntuoso catafalco en el centro de la nave, los muros revestidos de colgaduras de terciopelo y oro, una orquesta de primer orden y unos cantantes dignos de la orquesta, una infinidad de velas y blandones encendidos, grandísima concurrencia y una atmósfera rarificada por tanta luz y tanta gente.

Cuando estuve en la iglesia pude convencerme de que allí no había más que la menor cantidad posible de clero, de túmulo y de luces; que la música estaba representada por un fagot, el canto por un sochantre y la concurrencia por una vieja, que dormía al pié del púlpito, y un enlutado que se presidia á sí mismo en el sitio destinado al duelo.

Dudando de mis ojos, le pregunté á un monago:

—¿Son estos los funerales del que hizo beneficios á manos llenas?

—Sí, señor, contestó: como ya no puede hacer nada por nadie, nadie pierde el tiempo en honrar su memoria.

—¡Oh divina gratitud!... murmuré; y despues de rezar por el muerto salí de la iglesia.

III

Señor don N. N.—Mi estimado amigo: ahí va el artículo que desea. Como sus verdaderos autores son una mujer del pueblo, un gimnasta y un monago, personas sencillas é iliteratas, que no tienen el feo vicio de escribir, nadie pondrá en duda su originalidad. Como se refiere á tres hechos del día, su actualidad es innegable. Y como los que sepan leer quedarán convencidos de que la liviandad, la vanidad y la ingratitud no producen nada bueno, usted convendrá conmigo en que el moralista más meticuloso se vería apuradillo si se propusiera hincarle el diente.—Suyo afectísimo.—X.

PEDRO MARÍA BARRERA

CRONICA CIENTIFICA  
LA UNIDAD DE LA MATERIA  
III Y ÚLTIMO

Antes de pasar adelante, conviene hacer resúmen de lo expuesto, y reunir bajo un solo golpe de vista, y á modo de panorama, las creencias filosóficas que la historia nos ha transmitido acerca del mundo exterior, y el concepto de la sustancia material.

En la India se creía en la COMPOSICION de la materia: cinco elementos (*panchatohan*), tierra, agua, fuego, aire

y éter constituían el universo. Los griegos de la Escuela de Empédocles aceptaban solamente los cuatro primeros, y los aristotélicos los mismos cinco de la India. Los alquimistas generalmente admitían siete; agua, aire, tierra, fuego, mercurio, azufre y sal; y, aparte de sus confusas ideas sobre la transmutación, consideraban á los metales, como *compuestos* de oro y de impurezas: si bien diferían en cuanto á su composición: Alberto Magno los juzgaba formados de azufre y de mercurio, mezclados con impurezas en proporciones diferentes: Arnoldo de Villa Nova los estimaba constituidos únicamente de mercurio: Paracelso, de sal, azufre y mercurio; y Geber, aun considerándolos compuestos, no creía en la posibilidad de convertir en oro los metales bajos.

Prescindiendo, pues, de diferencias, todos estos sistemas históricos convienen en dos caracteres:

- Creencia en la Realidad de la materia;
- Creencia en su composición.

Frente á estos, nos ofrece la historia los sistemas que hacen á fuerzas primarias é invisibles, animadas de energía viviente, la sustancia primaria y original de todas las cosas. Ni el agua de Thales, ni el aire de Anaximenes y Diógenes, ni el fuego de Heráclito, eran lo esencial en los fenómenos del mundo; sino una vida universal y absoluta, causa de todas las manifestaciones externas. Los *mónadas* ó fuerzas de Leibnitz, vienen á ser lo mismo; y, con lógica rigurosa, pudo decir Boscovich, extremando tales teorías, que la materia es un sistema de fuerzas solamente.

- Estas doctrinas, en rigor, no son materialistas;
- En ellas la materia no es lo esencial;
- Lo son las fuerzas.

De diaria experiencia es el hecho de que en los sueños y en las alucinaciones, con ocasion de estímulos puramente internos, creamos personajes y sucesos á que en la vigilia no concedemos objetividad, porque las combinaciones de tales acontecimientos difieren de la marcha normal de los que atribuimos á la realidad de la naturaleza. En la vigilia misma, el autor dramático ve personajes y acciones que jamás han existido, y que los mejores actores no pueden nunca realizar: el ingeniero inventa máquinas y movimientos que no se encuentran en la naturaleza, y que luego no pueden igualar las artes técnicas; y de aquí, el considerar á lo real como producto de lo ideal; ya como objetivización de arquetipos á que se ajusta nuestra inteligencia, reminiscencia acaso de existencia anterior, segun Platon quería; ya como derivación del yo, segun enseñaba Fichte.

De aquí á negar en absoluto toda existencia material, como los Berkelianos, no média sino un peldaño muy somero.

Por último, es de creencia universal que existe un mundo exterior; y es, además, de creencia científica que lo que pasa en el exterior no es lo que ocurre en nuestro interior: que al cuerpo que me lastima nada le duele: que el objeto que me hace oír, no oye; que el que me hace ver no ve, etc.; y de ahí, un filosofismo de indiferencia, que niega ni afirma la existencia de un mundo material.

Dados estos antecedentes históricos y precedentes científicos,

¿QUÉ ES, PUES, LA MATERIA?

La mayoría de los sabios rehuye toda contestación categórica; y los que no la esquivan parten del *POSTULADO* de la existencia real del mundo.

Y dicen: «Materia es el nombre que damos á lo que no es nuestro entendimiento.»

A primera vista parece que esta definición implica antítesis entre entendimiento y materia; pero los que la formulan, queriendo contentar tanto á idealistas como á materialistas, cuidan de agregar: «Si no es material el principio del entendimiento, entónces la definición es procedente.» Y también la definición subsistirá, si se considera al entendimiento como un modo especial de ser de la materia; porque, entónces, la definición viene á ser convertible en la siguiente: «Materia es el nombre dado, en todas sus manifestaciones, á la sustancia que constituye el universo, exceptuando sólo aquella especial manifestación suya, que denominamos entendimiento.»

Tres aspectos, pues, ofrecen las disquisiciones relativas á la sustancialidad de la materia:

Por una parte, es de creencia universal que á nuestras afecciones sensibles en el estado de vigilia corresponde algo en el exterior, si bien ignoramos lo que quiera que ello pueda ser, y sólo le concedemos los atributos de *RESISTENCIA Y EXTENSION*:

Por otro lado, respetable número de pensadores supone que la materia no es lo que nos parece, sino un sistema especial de fuerzas inmateriales;

Y, últimamente, filósofos de valía no ven en lo que llamamos materia más que puras objetivizaciones del humano entendimiento.

¿Cuál es, por consiguiente, el oscuro fondo científico en el GRAN PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD?

¿La certeza?

¡Oh! No.

LA CONJETURA.

El sentido comun dice: «La materia existe, aun que no sé lo que ES EN SÍ, pues ciertamente no es lo que de ella me figuro.»

Y el idealismo contesta: «Esa figuración evidentemente es ideal: pues también lo es la creencia de que á esa figuración corresponde algo con existencia real en el mundo exterior.»

Ahora bien: si éste, en general, es el estado de la gran cuestión respecto á sus criterios de credibilidad, ¿qué valor podrá atribuirse á la doctrina de la unidad de la materia, á que hoy se inclinan los físicos? ¿Qué es esa teoría en sí?

Verdaderamente *CONJETURAS SOBRE CONJETURAS*.

Pero hay en ella tan profunda sagacidad, y corresponde tan perfectamente al actual estado de las ciencias físicas, que tiene cautivado el universal asentimiento, si bien conservando siempre su carácter de *EMINENTEMENTE CONJETURAL*: que la ciencia moderna, por vez primera en este siglo grandioso, ha dejado de sentir vergüenza cuando se ve obligada á decir: «Creo, pero interinamente, y hasta ver hipótesis mejor.»

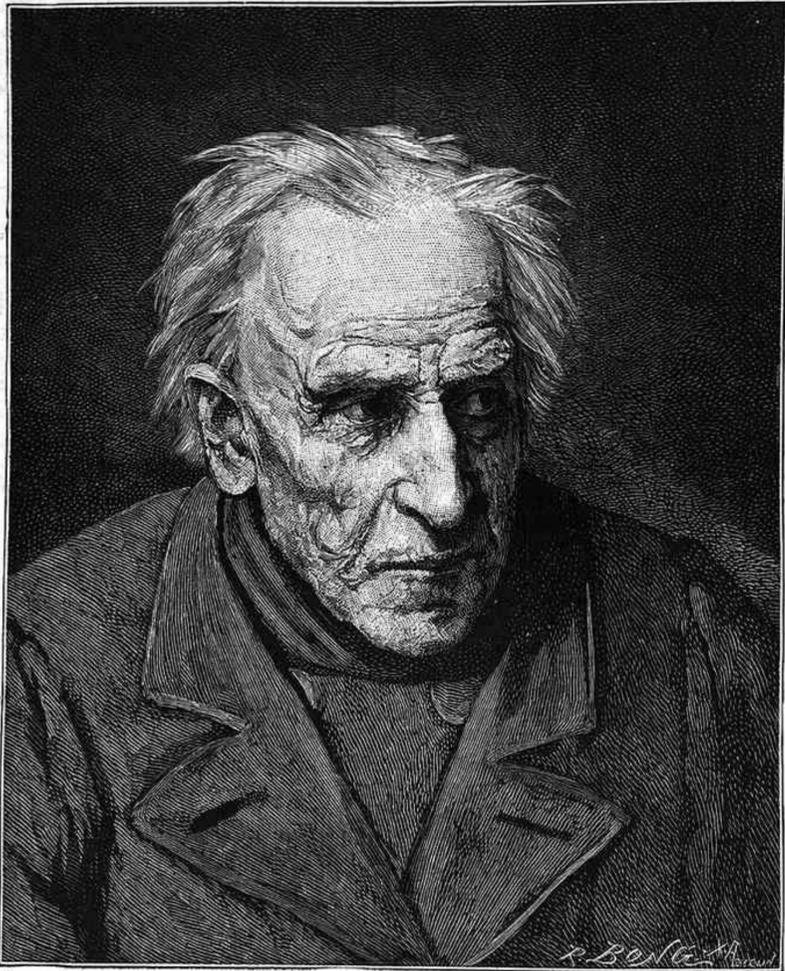
Admitida, pues, como *POSTULADO* la existencia real de la materia; es decir, suponiendo que las afecciones de los sentidos son *CORRELATIVAS DE ALGO* ignoto existente positivamente en el exterior, y del que sólo tenemos la idea de ser el *SUBSTRATUM* de donde proceden todas nuestras excitaciones sensibles, el entendimiento, *LEGÍTIMAMENTE ENTÓNCES*, levanta con arreglo á las leyes psicológicas de la razón humana, un edificio conjetural de tan grande importancia dialéctica, que hace olvidar casi su carencia de base crítica aun al más prevenido en contra, y seduce, con tanta más persuasión, cuanto que, por un lado, satisface nuestras científicas ansias intelectuales de unidad y simplicidad; y, por otro lado, corresponde á nuestras más íntimas y arraigadas creencias en la existencia del mundo (prescindiendo completamente de que tales creencias deriven, bien de ilusiones del entendimiento, ó bien de realidad efectiva de un *SUBSTRATUM* exterior).

La idea, pues, de unidad de sustancia cósmica viene, en general, imponiéndose á los físicos desde los tiempos primitivos de la filosofía, y, con especialidad, desde los siglos XVII y XVIII. Los óxidos metálicos, tenidos por cuerpos simples, aparecen al fin, en manos de Lavoisier, como compuestos de oxígeno y metal, y el agua, como combinación de hidrógeno y oxígeno. Las ideas de ácido, de base y de sal toman desde entónces una significación enteramente nueva. Siguen todavía considerándose como cuerpos simples la sosa, la barita, la estronciana, la cal, la magnesia, la sílice, la alúmina...; pero Davy y sus continuadores descomponen esos cuerpos por medio de la electricidad. Prout encuentra que los pesos atómicos de los llamados cuerpos simples son múltiplos del peso atómico del hidrógeno; y naturalmente, se esparce la creencia de que todos los simples están constituidos por hidrógeno: químicos ilustres demuestran despues que la ley de Prout no es general; pero el gran Dumás observa que los cuerpos simples tienen un peso atómico múltiplo, no del hidrógeno ciertamente, pero sí de un cierto elemento desconocido hasta aquí, y cuyo equivalente sería la mitad del del hidrógeno; en cuyo caso todos los cuerpos podrían resultar múltiplos de ese cuerpo misterioso, no descubierto aún. Por otra parte las más distintas propiedades de los cuerpos no prueban diversidad de sustancia, sino diversidad de estado: el fósforo en su forma comun es altamente venenoso; en su estado amorfo, sin dejar de ser fósforo, es enteramente inofensivo: el diamante es carbon: el ozono es oxígeno: el espato calizo y la aragonita tienen la misma composición... etc.

El fuego de los antiguos y el calor de los modernos deja en nuestros días de ser el elemento archisutil de Heráclito, y ni aun siquiera es ya considerado como sustancia material, sino como un modo especial de movimiento. En fin, todos los cuerpos se nos aparecen como dotados de extensión, movilidad, inercia...; y la gravedad obra en el vacío con igual intensidad sobre todos los cuerpos; pues no hay ninguno que se sustraiga á la gran ley de Newton...; luego ¡inducción altamente natural! LA MATERIA ES UNA.

El P. Secchi (autor del notable libro *Unidad de las fuerzas físicas*), en virtud de profundos estudios sobre la luz y la electricidad, mira como infinitamente probable que el éter no sea más que la materia misma en su máximo grado de tenuidad; es decir, en ese estado de rareidad extrema á que se ha dado el nombre de estado atómico; y, por consiguiente, los cuerpos pueden, en realidad, no ser más que aglomerados de esa misma sustancia etérea. (Verdad es, que el propio P. Secchi conviene luego en que semejante inducción no tiene carácter de ineludiblemente necesaria.)

Cuando, al descubrir que eran *compuestos* tantas sustancias tenidas por elementales (todos los óxidos, la sosa, la barita, la cal, la magnesia, la sílice, la estronciana...), se encontraban los físicos más y más inclinados á creer que el número de los cuerpos hoy mirados como simples debía seguir disminuyendo cada día, por continuar demostrándose su composición; de repente los alemanes Bunsen y Kirchhoff anuncian el espectroscopio (admirable y sencillísimo instrumento de análisis), y nuevos cuerpos simples empiezan á aparecer: el *cesio*, el *rubidio*... «Indudablemente aparecerán más, andando el tiempo,» claman entónces los incrédulos en la doctrina de la unidad de la materia; y, efectivamente, el mismo análisis espectral hace pronto descubrir el *talio* y el *indio*... «No hay, pues, agregan entónces, necesidad absoluta que se



CODICIA, cabeza de estudio por Ferain

oponga á la existencia de dos ó de muchas especies de materia; una constitutiva del éter; y otra ú otras integrantes de los cuerpos ponderales.»

Pero hé aquí que Lockyer, durante años y años com- para esmeradamente con el espectro solar y los de otros varios celestes luminares, los espectros de los cuerpos simples terrestres (hoy se cuentan 65, quizá sólo sean 64) sometiéndolos á condiciones las más variadas de presión y de temperatura en medios diferentes; y, apoyándose en 100,000 experimentos ¡portento de laboriosidad! duda de la simplicidad de esos 65 elementos, y considera á

Hé aquí, á grandísimos rasgos, la cuestion considerada bajo su aspecto *puramente experimental*. Nada decisivo. Conjetural todo. Una induccion grandiosa de imponente y simpática probabilidad.

Se le ha echado en cara que esta hipótesis resucita los alquímicos sueños de la transmutacion de los metales viles en metales nobles, á virtud de hábiles manipulaciones de laboratorio.

Pero, aún cuando sustancias al parecer tan desemejantes como el calcio, el litio, el hierro y el hidrógeno... no fueran fundamentalmente cuerpos distintos, sino meramente aspectos diversos de una misma base, como Lockyer se

todos los cuerpos como meras modificaciones alotrópicas del hidrógeno. Y, fundado en tan considerable experimentacion, juzga que, á pesar de los multiformes aspectos del mundo en que vivimos, no hay más que una sola materia elemental; cuyo principio simple se nos presenta en la forma primaria del hidrógeno; del cual están luégo compuestas todas las sustancias catalogadas como SIMPLES en los libros de la química.

Y, en efecto, para Lockyer, todos los cuerpos tenidos por simples se disocian á altas temperaturas, y en diferentes medios y especiales grados de presión; y, así, el fósforo, el sodio, el potasio, el magnesio, el indio, el litio... dejan ver, al cabo, el espectro del hidrógeno.

La gran fama de Lockyer y su reconocidísima competencia como hábil experimentador, dieron desde luégo á sus brillantes inducciones solemne autoridad; pero físicos no ménos eminentes, Roscoe, Williamson, Frankland, Gladstone.... ponen en duda las indicadas inducciones, opinando que todos los 100,000 experimentos sólo prueban la presencia de impurezas (?) en los cuerpos simples que Lockyer, sin razon bastante, consideró como químicamente puros.

creo autorizado para deducir de sus numerosas pero censuradas observaciones; y, aún cuando, en general, fuese UNA ESENCIALMENTE toda la materia (ya hidrógeno, ya otro elemento no conocido aún, ni acaso sospechado siquiera), sin embargo, la existencia de formas tan estables como el oxígeno, el hierro, el plomo, el oro...., siempre implicaría larguísimos procesos de seleccion natural, durante un pasado remoto é incalculable, bajo el influjo de agencias dormidas en la actualidad, y en circunstancias cuya artificial repeticion es, hoy por hoy, de improbabilidad inmensa, y de las cuales no tenemos ni la más vaga nocion. ¿Podemos hoy transformar las zébras en caballos? Aunque fueran, pues, estados alotrópicos de una misma sustancia el plomo y la plata, llegados hoy á su actual organizacion en virtud de largos procedimientos cósmicos, nuestra probabilidad de transmutar la una en el otro, sería quizá poco menor que la imposibilidad absoluta; y el costo muy superior acaso al de buscar directamente el precioso metal en las entrañas de la tierra.

Acusados de no concluyentes los experimentos de Lockyer, podria pensarse que habia recibido la doctrina de la UNIDAD DE LA MATERIA un golpe de muerte. Pues nó. Como se supone á las moléculas de los cuerpos animadas de movimientos incesantes de traslacion, vibracion ó rotacion; como se cree que el calor es un modo especial de movimiento; como el calor se convierte en luz, electricidad, afinidad química, etc.; como hoy priva el sistema de la unidad de las fuerzas físicas..., el sistema de la unidad de la materia se levanta de nuevo vigoroso; pero en esta flamante forma:

Los 65 cuerpos que aparecen como simples, resultan así experimentalmente, porque, hasta ahora, la química no ha podido descomponerlos;

Todos son una misma y única sustancia (no hidrógeno precisamente ni ningun otro cuerpo desconocido);

Y lo que se nos figura diversidad de los cuerpos, no es más que la percepcion de la diversidad de los movimientos de que están animados los grupos atómicos formados por las partes elementales y simplicísimas de la sustancia exterior. UNA Y UNIVERSAL.

En resumen: el último aspecto de la cuestion es el siguiente:

- Existe la materia;
- La materia es una;
- Está constituida por moléculas ó átomos simplicísimos;
- Estas moléculas pueden agruparse diferentemente;
- Son susceptibles de diferentes movimientos;
- No percibimos la materia universal;
- Pero sentimos la accion de su diversidad de agrupaciones y de movimientos;
- Y creemos, por ilusion, que esa diversidad de distribuciones y de dinamismos es multiplicidad de sustancias diferentes.

E. BENOT.



MARINA, cuadro de Eduardo Dalbono

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON